

¿Cómo formar críticos literarios en México?

Gerardo Piña

PREGÚNTESE PARA QUÉ QUIERE USTED FORMAR UN CRÍTICO LITERARIO en México. Si lo hace porque quiere mantener el lugar que ocupa México en el índice de lectura (el sitio 107 de 108 países de acuerdo con la OCDE y la UNESCO) está bien. En México los críticos aplauden a sus amigos, le dan una suave bofetada a sus enemigos y se limitan a reseñar lo que sus otros amigos les obsequian.

El ejercicio crítico literario puede desarrollarse con igual rigor por mujeres u hombres, pero como se trata de un crítico mexicano, ni por asomo piense en una mujer para formarla como crítica (usted podría ser acusado de buscar la igualdad de género, algo muy mal visto en México).

Asegúrese de que su crítico ignore las obras de Platón, Horacio, San Agustín, Santo Tomás, Torquato Tasso, Alexander Pope o cualquier otro fundador de las principales corrientes de crítica literaria. Así creará que la crítica comenzó con él mismo.

Imagen: iStock



Si quiere que su crítico sea académico, verifique que su mundo se limite al de sus profesores admirados (alguno habrá) y amigos. Así ninguno de sus trabajos saldrá de congresos académicos y sus respectivas actas.

Si prefiere que el trabajo de su crítico tenga mayor difusión, revise que *no* haya estudiado literatura o que haya abandonado alguna carrera de letras antes de conocer los fundamentos de la crítica literaria. Así ocupará alguno de los lugares más reconocidos en las revistas literarias (estudiantes de filosofía, de derecho, autodidactas, pero no alguien que haya estudiado literatura).

Si quiere que su crítico tenga éxito entre los interesados en el tema (aunque sea apenas un puñado de lectores) asegúrese de que haga reseñas —no crítica— de las novedades editoriales de los sellos de costumbre así logrará que sus lectores crean que la mesa de novedades de su librería favorita es la literatura.

Que haga reseñas, pero que crea que hacer crítica es tan importante como que ignore la diferencia entre teoría literaria y crítica literaria (de otro modo acabará por hacer crítica literaria y no queremos eso).

Insista en que al hacer su crítica se enfoque en juicios de valor de las obras. A todos les importará mucho la opinión de su crítico (que ignora la historia de la literatura y de la crítica misma) sobre las novedades editoriales (que para él son la literatura), ya que el público elegirá sus lecturas (sí, el lugar 107 de 108 países en el índice de lectura de acuerdo con la OCDE) con base en dichos juicios.

Empero, para aventajarse un poco a otros críticos puede pedirle los siguientes ejercicios: a) que descalifique e insulte lo más que pueda y, si es posible, que se enorgullezca de su racismo y misoginia; b) que resuma libros desechados por la crítica académica seria (e.g., un libro que afirma que Bajtín no escribió sus obras) o

bien que muestre con facilidad su desconocimiento de los géneros literarios (i.e., que diga que le dan lo mismo la ciencia ficción, el realismo mágico o la literatura fantástica); o c) que se ocupe de escribir sobre los autores galardonados con el premio Nobel de literatura que a él le parecen malos escritores. Esto le ayudará mucho a subir su autoestima. (Nada como juzgar la obra de autores reconocidos desde la subjetividad).

Si a pesar de sus intentos, su crítico estudia literatura y conoce las obras más influyentes de la crítica literaria desde Platón hasta Eagleton, asegúrese de que nunca se le ocurra leer de manera crítica los ensayos de su escritor favorito porque podría escribir algo como *La divina pareja* de Jorge Aguilar Mora (y lo condenará a un casi total ostracismo entre sus colegas).

Cuide que a su crítico nadie le pregunte qué es la literatura, la crítica, el arte o la teoría. Porque si bien la posmodernidad es aún moneda corriente y puede contestar a todo con un simple: “es relativo”, esta etapa terminará y un día tendrá que dar respuestas.

No deje al alcance de su crítico los textos de André Gide sobre Marcel Proust; Tolstoi sobre Shakespeare; o de Virginia Woolf sobre James Joyce, podría enterarse de que el juicio de valor sobre las obras literarias que realice tendrá el mismo peso que su juicio sobre el peinado que usa alguien más. (Pero si lo hace, dígame que responda que es un lector profesional.)

Lo más importante: protéjalo de sí mismo. Que nunca se pregunte quién le dio el título de crítico literario, quién le dijo que era un lector experto, que crea que sus juicios de valor rigen el canon literario, los hábitos y las convenciones del arte. De otro modo, tendría que estudiar y tal vez ya sea tarde.

La crítica, por suerte, permanecerá lejos de ese crítico suyo. 